

CAPÍTULO IX

El avance de los Aliados

A principios de setiembre de 1856 el ejército de Nicaragua fue organizado con dos batallones de rifleros, dos de infantería ligera, uno de batidores y una pequeña compañía de artillería. El primer batallón de rifleros era el cuerpo más completo y mejor del ejército; tenía escasamente doscientos hombres efectivos. El segundo de rifleros sólo era la sombra de un batallón y su disciplina había sido poco menos que descuidada. Los batallones de infantería ligera eran más numerosos que el segundo de rifleros, y algunas de sus compañías, como por ejemplo la del capitán Henry del segundo batallón, estaban bien ordenadas y en buen estado. Los batidores formaban tres pequeñas compañías mandadas por el mayor Waters y podían prestar servicio activo. El capitán Schwartz, con algunos artilleros, demostró ser competente para organizar su cuerpo, así como conocer su profesión; había servido algún tiempo en calidad de oficial de artillería en Baden durante los disturbios revolucionarios de 1848. La fuerza total efectiva apenas llegaba a ochocientos hombres.

El general Hornsby mandaba el departamento Meridional con residencia unas veces en San Jorge y otras en Rivas o en San Juan del Sur. Tenía allí varias compañías del primero de infantería y la sección de artillería del capitán Schwartz, que apenas merecía el nombre de compañía. El primero de rifleros estaba en Granada y el segundo de Tipitapa al mando del coronel McDonald. El segundo de infantería se encontraba en Masaya y lo mandaba el teniente coronel

McIntosh en ausencia del coronel Jaquess. El capitán Dolan estuvo al frente de una compañía de rifleros en Managua, pero hacia mediados de setiembre se mandó allí al mayor Waters con sus batidores. Los principales almacenes de la proveeduría, la intendencia, el parque y todos los talleres del ejército se hallaban en Granada. Dos compañías de infantería resguardaban el río de San Juan y esta frontera se puso a cargo del teniente coronel Rudler.

La mayor fuerza del enemigo estaba en León a las órdenes de Belloso; en el mes de agosto comenzó Martínez a reclutar en Matagalpa y hasta en Chocoyas y La Trinidad. Las tropas de Belloso permanecían muy cerca de León; batidores procedentes de Managua solían hacer reconocimientos hasta más allá de Pueblo Nuevo sin encontrar señales del enemigo. Sin embargo, Martínez estaba recogiendo los vaqueros y criados adictos a los legitimistas dueños de haciendas de ganado al norte de Chontales y en Los Llanos, y como éstos conocían bien la región les era fácil dar a su jefe noticias de todo lo que en ella ocurría. Una gran parte del ganado que consumían los americanos se sacaba de aquellos distritos y solían conducirlo a Granada oficiales del país, acompañados de pequeños destacamentos de rifleros montados para el caso. Uno de los más competentes de estos oficiales era Ubaldo Herrera, cuyos servicios durante la guerra civil se han relatado ya.

A fines de agosto fue enviado Herrera con unos pocos americanos a una de las haciendas de ganado de Los Llanos, y cuando iba descuidado arreando las reses hacia Tipitapa, lo atacó y mató una pequeña partida de legitimistas. Este incidente fue a pocas millas de Tipitapa y con tal motivo se ordenó al teniente coronel McDonald atravesar el río Tipitapa y marchar hacia Los Llanos para saber si había rastros de enemigos por ese lado. En aquel entonces los caminos esta-

ban malos y todos los movimientos eran necesariamente lentos e inseguros debido a las fuertes lluvias de la estación. Sin embargo McDonald, el capitán Jarvis y unos cuarenta hombres más salieron para San Jacinto, una gran hacienda de ganado situada a pocas millas al nordeste de Tipitapa. Se tenían noticias de que una parte del enemigo ocupaba la casa de esta hacienda, y habiendo llegado McDonald cerca de ella antes del amanecer, demoró el avance hasta no saber el número de las fuerzas enemigas. Poco después de rayar el día puso en movimiento su tropa para atacar; pero cuando iba avanzando a paso de carga se le hizo un fuego tan nutrido y certero que creyó prudente retirarse. Trajeron al capitán Jarvis mortalmente herido y McDonald se enteró de que el enemigo era más numeroso de lo que había supuesto y estaba metido en fuertes barricadas de adobes.

La presencia del enemigo en San Jacinto era un serio inconveniente para el servicio de la proveeduría, y al saberse esto en Granada, numerosos voluntarios se ofrecieron para ir a desalojar a los legitimistas de la casa que ocupaban. Por el estado de los caminos era casi imposible mandar artillería a San Jacinto, aun en el caso de haber tenido las balas rasas o las bombas indispensables para el empleo eficaz de un cañón contra defensas de adobes. En Granada se tenía generalmente la idea de que los rifleros de McDonald se habían retirado demasiado pronto, y esto se debía a la falta total de disciplina que reinaba en aquel batallón. Viendo el entusiasmo de algunos oficiales y ciudadanos, y deseoso como estaba de averiguar con mayor exactitud de que fuerzas disponía el enemigo más allá de Tipitapa, Walker consintió en que se enrolasen voluntarios para ir a atacar a San Jacinto.

Estos voluntarios eran en su mayor parte americanos que habían sido licenciados o que renunciaron sus puestos en el ejército y de ellos fueron inscritos

unos sesenta y cinco o setenta en Granada y Masaya. Entre los oficiales que se incorporaron a la expedición figuraban el mayor J. C. O'Neal, los capitanes Watkins, Lewis y Morris, los tenientes Brady, Connor, Crowell, Hutchins, Kiel, Reader y Sherman. Salieron de Granada en la tarde del 12 de setiembre y pasando por Masaya llegaron a Tipitapa en la mañana del 13. En Tipitapa ofrecieron el mando de la fuerza al teniente coronel Byron Cole, que había estado visitando varios lugares de Chontales con el objeto de conseguir ganado para el ejército, y lo aceptó. Wiley Marshall, ciudadano de Granada, fue nombrado segundo comandante. Del espíritu aventurero que reinaba, no sólo en estos hombres, sino en otros muchos en Nicaragua, puede juzgarse por el hecho de que conforme a esta organización improvisada el mayor O'Neal consintió en ponerse a las órdenes de Marshall, quien no era más que un simple ciudadano.

Cole y su tropa llegaron a San Jacinto hacia las cinco de la mañana del domingo 14 de setiembre, encontrando una casa bien situada para la defensa en una pequeña altura que dominaba todo el terreno de los contornos. Cerca de la casa había un corral cuyas cercas servían para protegerse de las balas de rifle o de fusil. Cole hizo alto algunos minutos para disponer el plan de ataque. Dividió su pequeña fuerza en tres columnas, poniendo la primera a las órdenes de Robert Milligan, ex-teniente del ejército, la segunda a las del mayor O'Neal y la tercera del capitán Watkins. El ataque contra el enemigo debía hacerse por tres puntos distintos y emplear como arma principalmente el revólver. Tomadas estas disposiciones se dio la orden de cargar simultáneamente por los sitios designados para cada sección. Esta orden fue obedecida con bizarria y Cole, Marshall y Milligan habían penetrado ya en el corral cuando fueron barridos por el fuego certero del enemigo. O'Neal fue más afortunado; tan

sólo recibió una herida en el brazo, al paso que Watkins quedó fuera de combate de un balazo en la cadera. De suerte que casi en el mismo instante y estando ya los soldados a unas pocas varas de la casa, todos los jefes y casi una tercera parte de la fuerza total quedaron muertos o heridos. Entonces los demás, viendo que nada podían hacer en tan corto número, se retiraron llevándose sus heridos, y algunos minutos después iban ya en plena retirada para Tipitapa¹.

De manera que en el intrépido pero inútil asalto de San Jacinto pereció Byron Cole, cuya energía y perseverancia habían contribuido tanto a llevar a los americanos a Nicaragua². Por primera vez se le presentaba la ocasión de entrar en combate, y apenas había tenido tiempo de ver el fogonazo de un fusil enemigo cuando tropezó con la Parca. Durante meses, antes de llegar a El Realejo los americanos, había estado viajando y trabajando en su favor, y la única recompensa de sus labores y ansiedades fue la muerte en el primer campo de batalla en que tropezó con el enemigo de los principios que él había contribuido a fomentar. Tampoco fue Cole la única pérdida de nota en aquel día fatal. Marshall murió de sus heridas, después de llegar a Tipitapa, y entre los desaparecidos figuraba Charles Callahan, a quien se había nombrado administrador de la aduana de Granada. Era corresponsal del *Picayune*, periódico de Nueva Orleans, y su carácter afable le había ganado muchos amigos que

¹ El combate de San Jacinto tuvo una inmensa resonancia en Nicaragua, y no obstante la cortedad numérica de las fuerzas que en él tomaron parte, contribuyó a desalentar a los filibusteros y a dar ánimo a los centroamericanos. N. del T.

² Byron Cole no pereció en el ataque de San Jacinto como lo afirma Walker, sin duda para realzar la memoria de su amigo. Su fin fue más prosaico. Fue muerto por unos labriegos nicaragüenses que lo encontraron cuando andaba fugitivo, dos días después del combate. N. del T.

sintieron su muerte prematura. El afán de combatir le hizo dejar sus ocupaciones en Granada por el ataque de San Jacinto y no volvió nunca al desempeño del cargo en el cual se había iniciado tan bien algunas semanas antes.

La retirada de los voluntarios de San Jacinto fue irregular y desordenada, y en soldados como los que tenía McDonald en Tipitapa, la llegada de los derrotados causó un efecto alarmante. Fue tal el pánico que destruyeron el puente del río para que no lo aprovechase el enemigo que aguardaban; pero éste no apareció y la alarma se fue calmando paulatinamente. Sin embargo, la noticia de la defensa de San Jacinto alentó mucho a los Aliados, y a poco de haber llegado ésta a León, Belloso, a instancias de algunos de los más resueltos de sus oficiales, decidió avanzar sobre Granada.

Pocos días después del combate de San Jacinto llegaron a Granada, procedentes de Nueva York, unos doscientos hombres para el ejército de Nicaragua. Pronto fueron organizados en compañías; pero desde el principio se vio cuán inútiles resultaban para el servicio militar. Muchos de ellos eran europeos de las clases sociales más pobres, alemanes la mayor parte, que se cuidaban más de la mochila que de la cartuchera. Excepción hecha del capitán Russell y de los tenientes Nagle y Northedge, los oficiales eran tan insignificantes como los soldados; y no habían estado diez días en el país estos individuos que se intitulaban Voluntarios de Nueva York, cuando empezaron muchos de ellos a desertar. Según parece, la mayor parte habían ido a Nicaragua atraídos por la promesa de tener la casa y la comida de balde, y al salir de los Estados Unidos estaban muy lejos de pensar que debían prestar servicio. Huelga decir que semejante morralla era mucho peor que absolutamente nada, porque sus vicios y

corrupción contaminaron a los hombres sanos con quienes estaban en contacto.

A la vez que llegaban a Granada estos reclutas, Belloso, el cual había recibido refuerzos de San Salvador y Guatemala, venía marchando sobre Managua desde León con unos mil ochocientos hombres. Le acompañaba el general Zavala, segundo comandante de los guatemaltecos; Paredes había quedado enfermo en León. Jerez siguió también a los Aliados y no faltaban a su lado leoneses de la laya de Méndez y Olivares, ávidos de todo desorden que ofreciese una perspectiva de saqueo. Valle, que se había arriesgado a regresar al departamento Occidental después de los cambios de junio con la mira de sublevar al pueblo contra el gobierno de Rivas, fue arrestado y puesto después bajo la vigilancia de la policía. Se quedó en Chinandega esperando que cambiasen las cosas, a fin de que su presencia allí pudiera ser útil a los americanos. Con haber permanecido en el departamento de Occidente ayudó a impedir que las gentes de esa región tomaran parte en la cruzada que predicaban los Aliados contra los «filibusteros».

El mayor Waters observaba cuidadosamente el avance de los Aliados, y gracias a la firmeza de su actitud en Managua, los demoró durante varios días en el camino que conduce de esta ciudad a León. Sin embargo, cuando Belloso estuvo a pocas millas de Managua, Waters recibió la orden de replegarse a Masaya. El comandante de esta plaza era el teniente coronel McIntosh y unos doscientos hombres formaban su guarnición, que fue aumentada en el número, aunque no en el vigor, por el segundo de rifles procedente de Tipitapa. Se acopiaron en Masaya víveres para muchos días y el comandante se puso a construir barricadas y otras defensas cerca de la plaza mayor. Mientras se hacían estas obras, el capitán Henry, que había estado muchas semanas en cama a causa de una

dolorosa herida que recibió en un desafío, salió a la calle y con la pericia de que dio pruebas supo inspirar a los soldados confianza en su criterio y sagacidad. El comandante, teniente coronel McIntosh, era, en cuanto a saber y fuerza de carácter, de una deficiencia lastimosa, y los efectos de su irresolución se hacían sentir de tal modo que resultaba claramente imposible tener confianza en la fuerza de Masaya para defender la plaza contra el enemigo que venía acercándose. Si Henry hubiese tenido el mando, otra muy diferente habría sido la situación de la guarnición, y fue una desgracia que su largo encierro no permitiese conocer sus capacidades hasta el último momento. Como luego se verá, su inclinación a buscar el peligro lo hizo figurar en la lista de los heridos durante casi toda su permanencia en Nicaragua. En la guerra de Centro América no hubo mejor soldado que Henry, y la lectura y el estudio, así como la práctica y la costumbre, lo hicieron muy versado, no sólo en los detalles de la administración militar, sino también en los principios más profundos y más arduos del arte de la guerra³.

Después de haberse detenido corto tiempo en Managua, Belloso siguió avanzando; y en Nindirí, a una legua de Masaya, se le incorporaron Martínez y sus gentes que venían de Chontales y Matagalpa, lo que hizo subir el número de las fuerzas de los Aliados a dos mil doscientos o dos mil trescientos hombres. El estado de ánimo de la guarnición de Masaya era tal que McIntosh recibió orden de retirarse a Granada, y por la manera como salieron de Masaya, se puede juzgar del estado en que se encontraban sus soldados. La prisa y la confusión fueron tales que al capitán

³ Henry, siendo ya coronel, acompañó a Walker en la invasión que éste llevó a cabo en Centro América el año 1860, y fue muerto en Trujillo de un balazo en la cara por uno de sus compañeros a quien agredió. N. del T.

Henry lo dejaron atrás y tan sólo se salvó por casualidad, gracias al afecto de las mujeres que lo cuidaron durante su enfermedad. Un cañón de bronce de a seis quedó en el camino, a unas tres millas de Masaya, cayendo más tarde en poder del enemigo. McIntosh pudo haberse movido calmosa y hasta lentamente con seguridad completa; porque Belloso no entró en Masaya sino algunas horas después de haber abandonado los americanos la ciudad.

Caso de haberlo querido hacer, es probable que Walker hubiese podido impedir durante algún tiempo la reunión de Martínez y Belloso, o cuando menos haberla estorbado; pero una campaña contra guerrillas dispersas era para los americanos más extenuante que un conflicto con el enemigo reunido en masas. Los Aliados eran menos temibles estando juntos que cuando operaban en diferentes columnas en puntos distantes. De aquí que no se le pusiese ningún obstáculo a Martínez en su marcha hacia donde estaba Belloso. En realidad, la mejor manera de curar un movimiento revolucionario en Centro América, es tratarlo como un divieso: se le deja que madure y luego se le mete la lanceta para que salga de una vez todo el pus. A los americanos les convenía que todos los descontentos de Nicaragua se juntasen con los Aliados para que la cuestión pudiera resolverse definitivamente. En efecto, poco fue el aumento de fuerza que recibió el ejército de Belloso con la llegada de Martínez, si es que recibió alguno.

Entretanto las tropas que estaban en Granada fueron reforzadas el 4 de octubre con la llegada del coronel Sanders, el capitán Ewhanks y unos setenta reclutas de California. Tres días después desembarcó el coronel John Allan con cerca de cien hombres de refuerzo, y al mismo tiempo se recibieron de Nueva York dos cañones Howitzer de montaña, de a doce, con una pequeña cantidad de granadas y cuatrocientos rifles

Miníé; pero a consecuencia de un error garrafal, los cañones no vinieron acompañados de sus cureñas y pasaron varios días antes de que el capitán Schwartz pudiese hacer fabricar otras, destinadas a servir provisionalmente. Con ansiedad se habían estado aguardando los obuses y las granadas, porque se tenía la esperanza de que con su ayuda se podría desalojar más pronto al enemigo de las poblaciones en que acostumbraba atrincherarse con adobes, lo cual hacía difícil tomarlas por asalto, como no fuera perdiendo mucha gente.

Se hizo venir al general Hornsby del departamento Meridional a Granada con su tropa y así quedaron concentradas en este lugar casi todas las fuerzas de la República, que sumaban unos mil hombres efectivos, comprendiendo en esta cifra a todos los empleados en las oficinas del ejército y los que servían en las filas; pero estos últimos eran en gran parte recién llegados al país, muchos de ellos no tenían ninguna instrucción militar y todavía eran más numerosos los que en toda su vida no habían visto enemigos de ninguna clase. Sin embargo, se necesitaba asestar un golpe a los Aliados, aunque sólo fuese para hacer ver que los americanos no estaban enteramente reducidos a la defensiva.

De manera que tan pronto como se montaron los obuses en sus cureñas bastante toscas y se distribuyeron en los varios cuerpos los recién venidos, convenientemente armados y equipados, se dio la orden de marcha.

En la mañana del 11 de octubre salió Walker para Masaya con unos 800 hombres. Era cerca del mediodía cuando el primero de rifleros se formó en Jalteva y de allí siguió a Masaya por el camino de Enmedio. A la vanguardia de los rifleros iba el mayor Waters con dos compañías de batidores y tras él la guardia cubana del general en jefe. Enseguida de la

guardia marchaba el capitán Schwartz con los obuses, luego las mulas que llevaban las municiones. Seguían el segundo de rifles y los dos batallones de infantería mandados por el general Hornsby. Un pequeño cuerpo de batidores cerraba la marcha, que fue tranquila y no interrumpida, y poco después de las nueve de la noche acampó la fuerza en los linderos de la ciudad de Masaya, ocupando las alturas a uno y otro lado del camino de Granada, en el sitio por donde penetra éste en la plazuela de San Sebastián. Durante la noche hubo algunos tiroteos entre exploradores montados del enemigo y piquetes americanos; pero estas escaramuzas fueron ligeras y sin importancia. Poco después del amanecer del 12 el capitán Schwartz disparó algunas granadas sobre la plazuela de San Sebastián; enseguida el capitán Dolan avanzó con su compañía de rifles a paso de carga para ocuparla y la encontró enteramente abandonada por el enemigo. Belloso había replegado todas sus fuerzas a las casas situadas en la plaza mayor y sus inmediaciones, y las bocas de todas las calles que a ella conducían estaban sólidamente atrincheradas. Después de que el grueso de los nicaragüenses hubo llegado a la plazuela de San Sebastián, se ordenó a unos pocos zapadores y minadores que habían sido organizados de prisa por el capitán Hesse, ingeniero civil, que fuesen abriéndose paso por entre las paredes de las casas situadas de ambos lados de la calle principal que iba de la plazuela a la plaza mayor. Hesse trabajó con todo empeño apoyado por los rifles, a la derecha de la calle, y por la infantería a la izquierda. De vez en cuando trataba Schwartz de hacer caer granadas en medio de la plaza, pero las espoletas eran demasiado cortas y la mayor parte de los proyectiles estallaron en el aire. Además del inconveniente que ofrecían las espoletas, uno de los obuses quedó desmontado después de algu-

nos disparos y la cureña del otro resultó impropia para el objeto a que se la destinaba.

Con todo eso, los rifleros y los de la infantería, precedidos de los que iban trabajando, avanzaban sin cesar hacia la plaza; algunas veces se encontraban con el enemigo, obligándolo siempre a retroceder. De los rifleros, el capitán Leonard con los capitanes McChesney y Stith eran los que iban adelante y los más activos; a la izquierda de la calle, Dreux, de la infantería, se mantuvo siempre a la cabeza. Al anochecer, las casas situadas frente a la plaza eran ya lo único que separaba a los americanos del enemigo, y la tropa, fatigada por el trabajo del día, tuvo que suspenderlo hasta la mañana siguiente. Entretanto los batidores que estaban en el camino de Granada dieron parte de que se oía un fuego nutrido en dirección del lago. El coronel Fisher, comisario general, acompañado del teniente coronel Lainé, del Mayor Rogers y de una escolta de batidores fue enviado a Granada para procurarse algunos pertrechos y también con el objeto de averiguar si los caminos estaban libres. Poco después de la medianoche regresó Rogers con la noticia de que el enemigo había atacado a Granada y ocupaba gran parte de la ciudad, con esperanzas de apoderarse de toda ella.

Parece que cuando Zavala —el cual con sus guatemaltecos y algunos legitimistas ocupaba Diriomo, pequeña aldea situada entre Masaya y Nandaime— supo que Walker había salido de Granada, resolvió atacar esta plaza suponiendo que había quedado enteramente indefensa; pero el general Fry mandaba en ella, y aunque la tropa de línea que tenía a sus órdenes era pequeña, con los avecindados en la ciudad y los funcionarios civiles del gobierno, el número de los americanos llegó a unos doscientos. La fuerza de Zavala no bajaba de setecientos hombres cuando entró en la ciudad, y es probable que alcanzase a novecientos por la

mañana del 13. Entre sus secuaces estaba un renegado llamado Harper, el cual se había fugado de Granada en el mes de abril anterior para unirse a los costarricenses, porque su conocida condición de reo indultado de la penitenciaría de California, impidió que se le diese el puesto a que aspiraba en el ejército nicaragüense.

Cuando Walker supo del ataque contra Granada dio en el acto la orden de que toda su fuerza se preparase para salir; temprano de la mañana del 13 iba ya marchando de prisa en socorro de Fry y de su pequeña guarnición. Poco después de las 9 a. m. los americanos que regresaban oyeron frecuentes descargas de fusilería en la ciudad, y al acercarse a Jalteva encontraron una fuerte columna enemiga con un cañoncito de bronce, situada en ambos lados del camino que había sido atrincherado. El coronel Markham iba a la vanguardia con el primero de infantería; el fuego de los Aliados era tan nutrido y certero que le impidió avanzar durante un rato; pero al cabo de algunos minutos los americanos dieron una carga y el enemigo desapareció, dispersándose y dejando abandonado el cañón. Enseguida el grueso de la fuerza nicaragüense avanzó rápidamente hacia la plaza principal, donde vió que todavía ondeaba su bandera, y la ciudad quedó pronto libre de Aliados. Zavala dejó abandonada otra pieza de artillería, además de la que se le tomó en Jalteva, y las calles quedaron sembradas de cadáveres de los suyos. Varios prisioneros de nota y algunos heridos cayeron en manos de los nicaragüenses.

Al llegar Walker a la plaza supo que Zavala había atacado la ciudad por la mañana del día anterior y que la pequeña guarnición había estado peleando con los Aliados durante cerca de veinticuatro horas. Los ciudadanos se portaron con un valor digno de encomio y algunos de ellos recibieron, en defensa de sus nuevos hogares, heridas que ostentarán durante toda

su vida. El mayor Angus Gillis, registrador de la propiedad del departamento Oriental, había ido a Nicaragua para vengar la muerte de un noble hijo que cayó peleando en Rivas el 11 de abril, y mientras combatía con todo el vigor de un joven contra el enemigo aborrecido que le había arrebatado a su hijo, recibió una herida grave y dolorosa en la cara, que le dañó para siempre un ojo y tal vez los dos. A John Tabor, editor de *El Nicaragüense*, le rompieron el muslo cuando estaba defendiendo el derecho que le asistía de imprimir y publicar sus opiniones en Centro América. Douglass J. Wilkins defendió el hospital, que estuvo casi todo el tiempo amenazado de un asalto, infundiendo algo de su indómita energía a los seres débiles y consumidos que yacían estirados en las camas o encogidos en las hamacas de las diversas salas. Los oficiales empleados en las diferentes oficinas del ejército prestaron también muy buenos servicios en la tarea de rechazar los ataques de los Aliados. El coronel Jones, jefe de la pagaduría, dirigió la defensa de la casa de gobierno situada en la esquina de la plaza, y el mayor Potter, de la artillería, sirvió bien en muchas partes, especialmente en el cuartel que estaba cerca de la iglesia. Por primera vez desplegó en esta misma ocasión el capitán Swingle la destreza y el valor que tan útil le hicieron en operaciones posteriores.

Los que por su profesión solían predicar la paz, tampoco creyeron indigno de su ministerio descargar un golpe en defensa de una causa vilipendiada y perseguida por los hombres, pero que para quienes sabían las razones de la contienda, era justa y sagrada. No parecerá extraño, tal vez, que Thomas Baysie, juez de primera instancia, echase mano de un rifle para defender a la autoridad que le confirió su empleo; pero es probable que la conducta observada por el padre Rossiter, sacerdote católico recién nombrado capellán del ejército, llame más la atención y se preste a un

análisis más minucioso. Sin embargo, cuando nos enteremos de los actos cometidos por los Aliados a su entrada en la ciudad, no ha de sorprendernos que hasta un sacerdote tomara las armas para defenderse de los ataques de quienes se portaron como salvajes. Por esta razón habremos de referirnos a algunos incidentes ocurridos durante el ataque de Granada, que indican la clase de guerra que hacían los Aliados.

Entre los americanos residentes en Granada figuraba John B. Lawless, oriundo de Irlanda pero naturalizado en los Estados Unidos. Durante años había trabajado en el comercio en el Istmo, principalmente en la compra de cueros y pieles para exportarlos a Nueva York. De indole suave y modales inofensivos, había desarmado hasta la envidia granadina con la honradez de su conducta y la integridad de su carácter. Durante las primeras semanas de la ocupación americana prestó muchos servicios a los legitimistas, presentando sus pequeños agravios y quejas al general en jefe; sus intercesiones fueron siempre en favor de la raza del país y para protegerla contra la conducta impremeditada de los recién llegados. Tan completa era la confianza que le inspiraban los legitimistas en lo tocante a su persona, tan perfecta la que tenía en la protección que le daba su ciudadanía americana, que al presentársele la oportunidad de trasladarse a la plaza en busca de la seguridad que le brindaban las armas nicaragüenses, rehusó hacerlo, quedándose en su casa al entrar en la ciudad los soldados de Zavala; y estaba precisamente desplegando la bandera americana en su puerta cuando los guatemaltecos le arrancaron de su hogar, llevándole a Jalteva, y habiéndole acribillado a balazos allí, desfogaron sus pasiones salvajes hundiéndolo en el cadáver.

Y no fue Lawless la única víctima de su violencia. Un agente de la Sociedad Bíblica Americana, el Reverendo D. H. Wheeler, fue sacado de su casa y ase-

sinado del mismo modo que Lawless. El Reverendo Wm. J. Ferguson, predicador metodista, fue también arrancado de los brazos de su mujer y de su hija y corrió la misma suerte que Lawless y Wheeler. No contentos con el asesinato de estas personas inofensivas, dos brutales soldados de Carrera despojaron los cadáveres de sus ropas y los arrojaron desnudos como perros a las plazas públicas. Y en la casa donde se alojaba el padre Rossiter cometieron los secuaces de Zavala un crimen más negro todavía. Cuando entraron en la ciudad las tropas guatemaltecas, los niños de un inglés recién llegado a Granada y procedente de Nueva York estaban comiendo. Se hallaban sentados a la mesa un niño de seis años, dos niñas, una de cuatro y otra de dos, y la niñera. Un soldado que iba pasando frente a la ventana apuntó con su fusil al inocente grupo y haciendo fuego de propósito deliberado mató al niño instantáneamente. La niñera salvó a las muchachitas huyendo a la casa vecina mientras los soldados forzaban las puertas y ventanas de la habitación en que yacía el niño muerto.

Las víctimas de estos desmanes se encontraban bajo la protección de la bandera americana; pero esta misma bandera era objeto de mofa y escarnio de parte de los soldados que un salvaje ignorante había desencadenado en las llanuras de Nicaragua. Cuando los Aliados atacaron la ciudad, el ministro americano estaba a las puertas de la muerte a causa de una enfermedad que le atacó repentinamente algunos días antes. En los primeros momentos de alarma, las señoras y otros no combatientes fueron enviados a casa del ministro; sin embargo, se hizo bien en mandar al mismo tiempo un pequeño cuerpo de rifles para protegerlos. El ministro no estaba en condiciones de hacerse cargo de las personas desvalidas que llegaron a su casa; pero los anchos pliegues de su bandera ondeaban frente a la puerta y se creyó que esto sería bastante

protección contra los guatemaltecos; no obstante, cuando el enemigo se apoderó de la casa vecina de la legación americana, empezó a tirar sobre "la bandera de las estrellas y las barras" y a gritarle a Mr. Wheeler que se saliese a la calle. Todas las palabras escogidas de la obscenidad española se añadieron al nombre de «ministro filibustero»⁴, y los antiguos legitimistas de Granada no dejaron epíteto de odio o de desprecio para la raza del Norte que no profiriesen. Bien librado salió Mr. Wheeler con que el secretario de Estado americano le diera por aquel tiempo licencia de volver a Washington para informar sobre lo que estaba pasando en Nicaragua, lo cual equivalía a decirle cortésmente que su gobierno ya no tenía necesidad de sus servicios.

Las bajas de los americanos en los combates del 12 y 13, en Masaya y Granada, fueron algo más de ciento veinticinco muertos y ochenta y cinco heridos. Hubo muy pocas en Masaya; la mayor parte se contaron en Granada. Desaparecieron algunos hombres, especialmente de los que el coronel Fisher se llevó de Masaya en la noche del 12. Fisher regresó a Masaya por otro camino que el que Walker había tomado en la mañana del 13 y al llegar a los suburbios de la ciudad tuvo la sorpresa de encontrarse con un gran destacamento enemigo. Apresurándose a tomar un sendero transversal hacia Diriá y Diriomo pudo evitar durante algún tiempo al enemigo; pero no tardó mucho en volverlo a encontrar, aunque no tan numeroso como antes. Los oficiales y batidores de Fisher notaron entonces que el fuerte sereno de la noche había inutilizado las carabinas Sharp, por haber penetrado la humedad entre la cámara y el cañón. Por último se separaron y algunos dieron pronto con el camino de Granada; en cambio, otros tardaron varios días en vol-

⁴ En castellano en el texto.

ver. El teniente coronel Lainé, edecán del general en jefe, fue hecho prisionero por los Aliados y fusilado. Tan pronto como se supo con certeza en Granada su ejecución, dos oficiales guatemaltecos, el teniente coronel Valderrama y el capitán Allende, fueron fusilados en represalias.

El enemigo tuvo muchas bajas en Granada. Es probable que por la noche del 12 enterrase sus muertos de ese día, porque se encontraron numerosas sepulturas frescas en las cercanías de las casas ocupadas por los Aliados. Además, cerca de cien cadáveres fueron sepultados por los americanos después de que Zavala se retiró a Masaya. Según los informes que se tuvieron, hubo también muchos heridos, no sólo los que se llevaron de Granada, sino también los de Masaya en la mañana y la tarde del 12.

El vapor del lago «La Virgen», estuvo fondeado cerca del muelle, en Granada, durante los combates del 12 y 13, y por la noche del 13 zarpó para La Virgen llevando a varios oficiales que regresaban a los Estados Unidos y también al padre Vigil que se dirigía a San Juan del Norte. En lo tocante a la manera centroamericana de hacer la guerra, el cura de Granada era más instruido que el agente de la Sociedad Bíblica Mr. Wheeler, o el predicador metodista Mr. Ferguson; porque apenas supo que los guatemaltecos estaban en Jalteva, huyó a un pantano situado cerca de la ciudad, escondiéndose allí hasta que la retirada del enemigo fue cosa indudable. Por la tarde del 13 vino a felicitar al general en jefe por la victoria contra los Aliados, y sus congratulaciones terminaron con la petición de un pasaporte para irse en el vapor que iba a salir con rumbo a La Virgen. Y el buen padre no estuvo tranquilo hasta no verse seguro a bordo y fuera del alcance, a su juicio, de los temidos «chapiques»⁵.

⁵ Apodo que se da en Centro América a los guatemaltecos. N. del T.

Algunos días después del combate del 13 ingresó en el ejército un elemento valioso, el coronel C. F. Henningsen, que vino a Granada procedente de Nueva York con armas y pertrechos de artillería. A la edad de diecinueve años comenzó el coronel Henningsen su carrera militar a las órdenes del caudillo carlista Zumalacárregui, y los servicios que prestó en España fueron una buena preparación para la guerra de Nicaragua. No obstante ser inglés de nacimiento había pasado casi toda su vida en el continente europeo, y después de la muerte de Zumalacárregui estuvo residiendo algunos años en Rusia. Por último abrazó en 1849 la causa de la independencia de Hungría y vino a los Estados Unidos hacia el mismo tiempo que Kossuth. Uno o dos días después de haber llegado a Granada se le nombró general de brigada, encomendándole especialmente la organización de la artillería y la dirección de la enseñanza del manejo del fusil Minié. Muchos oficiales manifestaron gran disgusto por el grado conferido a Henningsen; tampoco faltaron esfuerzos para fomentar prevenciones contra él por cuanto no era americano; pero su mérito triunfó pronto de la mayor parte de estos sentimientos, aunque en el pecho de algunos oficiales se anidó la envidia hasta el último día. Con todo esto, Walker nunca tuvo motivos para arrepentirse de la confianza que desde el principio le inspiró la capacidad de Henningsen ⁶.

La competencia del nuevo brigadier no tardó en hacerse sentir en la organización de dos compañías de artillería y una de zapadores y minadores. Henningsen redactó instrucciones extensas y detalladas sobre el

⁶ El notable e infortunado periodista francés Félix Belly, que tanto se interesó a mediados del siglo XIX por la construcción del canal de Nicaragua, dice que a Henningsen se le acusaba de haber hecho un robo de diamantes en Rusia. V. Félix Belly, *A travers l'Amérique centrale*. París, 1867. N. del T.

manejo del fusil Minié, y bajo su vigilancia se hicieron ejercicios de tiro al blanco con esta arma durante algunos días. Tuvo que luchar mucho contra la pereza y la desidia de los oficiales; entre éstos eran demasiados los que apreciaban más su grado como excusa de holgazanería que como un incentivo para el cumplimiento de difíciles y arduas obligaciones. Obtuvo mejores resultados en los ejercicios de tiro de cañón que en los que se hicieron con el nuevo rifle, porque entre los oficiales de artillería habían varios que tenían mucho orgullo profesional. Se ha hablado ya de la habilidad y experiencia del mayor Schwartz. Merecen también ser mencionados el capitán Dulaney y el teniente Stahle. El capitán Ferrand tenía valor, pero esto era casi todo lo que tenía; su pereza era intolerable. Stahle resultaba particularmente útil en el tiro con cañones Howitzer y morteros Cochrn. Habiendo llegado las cureñas de los obuses, prestaban éstos mejor servicio, y como los morteros eran livianos y de fácil transporte, se empleaban en ellos las mismas granadas que en los cañones Howitzer. El tiro de los morteros se simplificó mucho empleando siempre la misma carga y determinando la distancia tan sólo por el ángulo de elevación de la pieza.

Entretanto el departamento Meridional no tenía más protección que la de la goleta «Granada», surta en San Juan del Sur. Durante los meses de agosto y setiembre el teniente Fayssoux había estado cruzando en el golfo de Fonseca, después en el de Nicoya y por último frente a El Realejo; pero no pudo ver ninguna embarcación con bandera enemiga. La presencia de la goleta en varios puntos de la costa había tenido al enemigo constantemente en jaque y estorbó de muchos modos los movimientos de los Aliados. Sin embargo, como se iba acercando el día de la llegada del vapor de San Francisco, fue necesario mandar una guardia para custodiar los caudales en el Tránsito y proteger

a los pasajeros. Para esto se envió al general Hornsby el 2 de noviembre, de Granada a La Virgen, con 175 hombres. Llegó al Tránsito en tiempo preciso de custodiar los caudales traídos por el «Sierra Nevada».

Se sabía que de Masaya habían mandado un destacamento para ocupar a Rivas. Por otra parte eran frecuentes y constantes los informes de que Costa Rica enviaba una nueva fuerza para cooperar con los Aliados en el departamento Meridional⁷. Por este motivo se ordenó a Hornsby quedarse en La Virgen con el objeto de señorear el muelle, a fin de que una fuerza procedente de Granada pudiera desembarcar en cualquier momento. Al propio tiempo se quedó Fayssoux en el puerto de San Juan del Sur para inquietar al enemigo, caso de que ocupase esta plaza. El cuaderno de bitácora de la «Granada» nos dice cómo desempeñó la goleta su papel. El 7 de noviembre consigna lo siguiente:

“A las 4 y 30 p. m. recibí una carta fechada a las 4 p. m. y firmada por José M. Cañas, comandante de la vanguardia costarricense, pidiéndome la rendición de la plaza sin disparar un tiro. Caso de hacerlo así, los ciudadanos tendrían garantías; de lo contrario no. No hice caso de esto. A las 5 p. m. Mr. G. Rozet, inspector de los Estados Unidos en San Juan, vino a bordo trayendo la noticia de que los generales Bosque y Cañas estaban en el pueblo con 600 costarricenses; que pedían la rendición de la goleta sin que yo disparase un tiro; de no hacerlo así, los ciudadanos no tendrían garantías. Contesté que no me rendiría; pero que no pudiendo expulsarlos a ellos de la población, consideraba prudente salir del puerto. A las 5 y 45 p. m. solté las amarras de la boya, salí y me puse al paio fuera del puerto”.

⁷ Esta fuerza, al mando del general Cañas, constaba de 400 hombres. N. del T.

El 8 el cuaderno prosigue así:

"Al paio cerca del puerto. A las 3 y 30 p. m. recibí cartas del oficial que manda en San Juan, Guardia⁸, en que ofrece garantías a todos los ciudadanos que le entreguen sus armas, y de Mr. Rozet rogándome no entrar en el puerto, porque de lo contrario perecerían todos los americanos. Contesté a Rozet que no tenía la intención de entrar y dijese a Guardia que yo no quería comunicarme con el enemigo. Las personas que vinieron a verme me informaron de que los costarricenses aguardaban de un momento a otro la llegada de una barca y dos bergantines, éstos armados en guerra y con tropas, y aquélla con provisiones y soldados".

Con fecha 10 se lee:

"A las 12 m., junto a la entrada del puerto. Vi hombres a caballo y al parecer 150 soldados que iban saliendo de la población".

El motivo de la partida de esta tropa se verá, volviendo a los movimientos del general Hornsby en La Virgen.

Aunque en La Virgen estaban 175 hombres de infantería, la fuerza verdadera de esta tropa era muy inferior a su importancia numérica; y aunque Hornsby fue reforzado el 10 por Sanders con 150 rifleros y un obús mandado por el capitán Dulaney, no pudo marchar contra el enemigo con más de 250 hombres. Cañas se había situado en la colina sobre la cual pasa la carretera del Tránsito, a una milla más o menos de la casa del Medio Camino yendo para San Juan del Sur. Inmediatamente después de esta casa hay un tajo hondo en la carretera y a unas 150 yardas más allá

⁸ El mayor don Tomás Guardia, después general de división y presidente de la República de Costa Rica. N. del T.

un puentecito sobre un barranco profundo. El enemigo se había atrincherado cerca del puente y dominaba un gran trecho del camino, teniendo de un lado una altura y del otro el barranco. El capitán Ewbanks envió con un destacamento de rifleros el flanco derecho de los costarricenses que defendían el puente y esto permitió a Hornsby llegar al pie de la colina donde estaba situado el grueso de la fuerza de Cañas; pero al reconocer el general americano la colina ocupada por los costarricenses y viendo el efecto que había producido en su tropa el fuego que ésta acababa de sufrir en su avance, juzgó prudente retirarla sin arriesgarse a atacar. Por lo tanto se retiró a La Virgen y de allí se fue a Granada para informar personalmente a Walker de su marcha contra Cañas⁹.

Era necesarísimo mantener el Tránsito libre de toda fuerza de los Aliados que fuera de temer. Bien sabía el enemigo la importancia que para los americanos tenía, cuando le daba el nombre de "Camino real del filibusterismo". Así fue que Walker se dirigió a La Virgen con 250 rifleros, un obús, un mortero y una sección de zapadores y minadores. El general Henningsen acompañó la fuerza para dirigir el nuevo cuerpo formado bajo su vigilancia. La artillería no se había portado bien el 10 y el general estaba muy deseoso de que volviese por su reputación.

Walker desembarcó por la tarde del 11, y saliendo en la misma noche para la casa del Medio Camino, llegó allí momentos antes del amanecer. Después de un breve descanso la avanzada reasumió la marcha y al llegar ésta al tajo del camino, el enemigo rompió el fuego desde las mismas trincheras situadas cerca del puente que ocupaba en la mañana del 10. Al capitán

⁹ Walker se refiere aquí al combate llamado por los costarricenses de Rancho Grande. Este combate tuvo lugar el 10 de noviembre de 1856 y duró dos horas. N. del T.

Ewbanks, que conocía bien el terreno, se le ordenó dar un largo rodeo por la izquierda y con esto logró desalojar a los Aliados de sus trincheras, lo mismo que la vez anterior. Toda la columna avanzó entonces sin interrupción hasta el pie de la colina donde Cañas tenía la totalidad de su fuerza, que sumaba probablemente 800 hombres ¹⁰.

El enemigo, en su mayor parte compuesto de costarricenses, ocupaba exactamente la misma posición en que hacía poco más de un año se emboscaron los demócratas para esperar a Corral que venía de Rivas a San Juan del Sur. El coronel Natzmer sirvió de edecán a Valle en setiembre de 1855 y conocía por lo tanto las faldas de la colina donde se situaron en aquel entonces los demócratas. Por lo tanto se le ordenó que con los zapadores y minadores fuese a abrir un camino en dirección de la cumbre de la colina y a retaguardia de las trincheras enemigas. Siguió el capitán Johnson con una compañía de rifleros y protegió a los trabajadores. También se mandó al capitán Green a retaguardia de la compañía de Johnson; pero, separándose éste de los que iban adelante, se extravió en la espesura de la maleza y no se le volvió a ver hasta después de varias horas.

Para cubrir el movimiento de Natzmer se llevó el obús hacia la curva que hace el camino frente a las primeras trincheras de Cañas y se lanzaron varias granadas contra éstas; pero el fuego de los Aliados era tan nutrido y certero que se creyó prudente retirar el cañón y ponerlo a cubierto después de algunos disparos. Esta vez los artilleros se portaron con una sangre fría digna de alabanza, y gracias a la entereza de que die-

¹⁰ Cañas sólo tenía en ese combate 400 hombres, de los cuales 300 eran costarricenses y los demás nicaragüenses. En cambio Walker disponía de 600 norteamericanos y varias piezas de artillería. N. del T.

ron pruebas en la pelea recobraron algo de la fama que habían perdido el 10. Entretanto los costarricenses hacían un fuego irregular de fusiles y rifles, porque tenían rifleros, y el capitán Stith perdió la vida por haberse expuesto un instante con su alta estatura en el centro del camino.

En hora y media el coronel Natzmer pudo llegar al punto a que se dirigía; pero el enemigo notó este movimiento y temeroso de las consecuencias que pudiera tener dispuso la retirada. Cuando Johnson llegó con sus rifleros a las trincheras, éstas estaban desiertas y Cañas iba ya de camino para San Juan del Sur. Los americanos los persiguieron entonces, y como algunos de los batidores estaban bien montados picaron a las órdenes de Henningsen la retaguardia del enemigo. Cañas dirigió su retirada con serenidad hasta San Juan, aprovechando varios puntos del camino para detener a los americanos; pero al final, cerca del sitio donde el camino del Tránsito cruza el riachuelo que desemboca en el mar, en el lindero de la ciudad, Henningsen, seguido del capitán Leslie, del teniente Gaskill y de unos pocos batidores, cargó contra los soldados de infantería que iban en retirada y los desbarató enteramente, empujándolos a paso acelerado al través de la población y del río hasta la vereda que conduce a Rivas por la costa. El enemigo iba tan desbandado después de pasar por San Juan que habría sido inútil seguirlo persiguiendo.

En la confusión de la retirada algunos costarricenses huyeron de las filas y tomaron el camino del Guanacaste. De suerte que Cañas llegó a Rivas con una fuerza, no sólo disminuida por la muerte y la deserción, sino también descorazonada y desmoralizada por la derrota¹¹. Era pues evidente que no podría ha-

¹¹ Esto es inexacto. Cañas llegó a Rivas con toda la fuerza costarricense que le acompañaba. N. del T.

cer nada por el momento para estorbar el tránsito; con dificultad habría de atreverse a salir de las trincheras de Rivas. Walker estaba por esta razón ansioso de volverse inmediatamente a Granada y atacar de nuevo a Belloso en momentos en que Cañas le pedía auxilio desde el departamento Meridional. Por consiguiente salió Walker el 13 de San Juan para La Virgen y embarcó su fuerza en el vapor del lago, llegando en la misma noche a Granada. Al coronel Markham se le dejó en La Virgen con el primero de infantería.

En la mañana del 15 los americanos se encontraban de nuevo en el camino que va de Granada a Masaya. La fuerza se componía de los rifleros de Sanders, una compañía del segundo de rifleros, la infantería de Jaquess, un cuerpo de batidores mandado por Waters, algunos zapadores y secciones de las compañías de artillería. Había unos 560 hombres por todo¹². Formaban la artillería un obús de doce libras, dos cañoncitos de bronce tomados a los Aliados y dos morteros de los pequeños. Como el tren de mulas que llevaba las municiones era largo y el día caluroso, la marcha fue lenta y fatigosa. No había andado la fuerza más de la mitad del camino en dirección de Masaya, cuando supo Walker que Jerez había salido para Rivas con 700 ú 800 hombres. A consecuencia de este informe se ordenó a Jaquess regresar a Granada con su infantería y seguir para La Virgen en un vapor del lago. De suerte que la fuerza que llevaba Walker quedó reducida a menos de 300 hombres.

El mayor Henry, no obstante que apenas podía andar, siguió la columna que marchaba sobre Masaya, montado en una mula. A dos o tres millas de la en-

¹² En la traducción del Señor Carnevalini se dice 500 hombres, sin duda por errata de imprenta. El historiador Montúfar consigna esta misma cifra, tomándola de la citada traducción. N. del T.

trada de la ciudad, Henry y el coronel Thompson consiguieron pasarle adelante a la avanzada, y habiendo encontrado un piquete enemigo cargaron contra él a todo galope. Los del piquete huyeron como gamos, dejando uno de ellos el sombrero con un hueco abierto por una bala del revólver de Henry y la paja ordinaria de la copa salpicada de sangre. Este incidente, a la vez que pone de manifiesto el excesivo valor de algunos de los oficiales, demuestra también lo difícil que era mantenerlo dentro de los límites del orden y de la disciplina, aunque lo probable es que Henry y Thompson no se dieran cuenta de haber dejado atrás a la guardia, debido a la negligencia del oficial que la mandaba.

Al acercarse los batidores a las pequeñas chozas que están a la entrada de Masaya, el enemigo abrió un fuego nutrido de fusilería y Waters, llevando sus jinetes a la derecha del camino para ponerlos a cubierto en la espesa vegetación tropical, dio paso a los rifleros. Al entrar por la plazuela de San Sebastián, el camino atraviesa por un tajo a cuyos lados se encuentran diseminadas algunas chocitas de cañas en medio de pequeños platanares. Los enemigos apostados en estos platanares dirigieron el más mortífero de los fuegos contra los rifleros al avanzar éstos; sin embargo, Sanders formó el plan de llegar a la plazuela desplegando su gente a uno y otro lado del camino; por su parte Henningsen, habiendo llevado el obús hasta cerca del enemigo, lanzó sobre él una lluvia de metralla. Durante varios minutos hubo una pelea furiosa; pero al fin fue disminuyendo poco a poco el fuego, y los Aliados, replegándose al centro de la ciudad, dejaron los suburbios en poder de los americanos.

Pero no se había conquistado el terreno sin grandes pérdidas. Los nicaragüenses tenían más de 56 muertos y más de 40 heridos. El teniente Stahle, estimable oficial de artillería, cayó al pie de su cañón, y

el mayor Schwartz fue herido. Además de éstos, varios de los mejores oficiales de los rifleros recibieron heridas graves. Las del capitán Ewbanks y del teniente C. H. West eran dolorosas y de peligro; el coronel Natzmer fue derribado por una bala perdida que recibió detrás de la oreja. Por otra parte, la proximidad de la noche y lo nerviosa que estaba la tropa, extenuada por la excitación y las muchas bajas, hizo que se creyese conveniente acampar en el terreno alto abandonado por el enemigo. Por consiguiente se dio la orden de descargar las mulas y poner los piquetes para la noche.

Pero en la situación en que se encontraba la fuerza era mucho más fácil dar órdenes que hacerlas cumplir. Por causa de la obscuridad pasó algún tiempo antes de poder reunir los heridos cerca del centro del campamento, y a los cirujanos les fue algo difícil hacer las curas sin luz. Yendo el general en jefe de uno a otro lado para ver que se cumpliesen sus órdenes, encontró a muchos oficiales en tal estado de abatimiento y postración, que no podían imponerse a sus subalternos. Algunos de ellos habían tomado mucho licor durante la larga marcha, y esto y la excitación producida por el conflicto los había privado enteramente de fuerza moral. Tan sólo a costa de esfuerzos personales pudo Walker conseguir que se diese alguna seguridad al campamento, y durante toda la guerra de Nicaragua no le fue nunca tan difícil hacer cumplir sus órdenes como aquella noche. La voluntad de la tropa parecía hallarse momentáneamente paralizada por el fuego feroz que había soportado.

La noche fue larga y fastidiosa; pero al fin rayó el día, y la tropa, algo repuesta por el sueño corto y no interrumpido de que había disfrutado, estaba otra vez lista para entrar en acción. El mayor Schwartz, sirviéndose del obús y con admirable puntería, disparó algunas granadas que fueron a caer sobre las casas si-

tuadas cerca de la plazuela de San Sebastián. Enseguida el mayor Caycee avanzó con unos pocos hombres del segundo de rifles, apoderándose de la plazuela que al parecer acababa de ser abandonada por el enemigo. Pronto estuvieron los heridos cómodamente instalados en la iglesita de San Sebastián, y después de haber tomado la tropa un abundante desayuno estaba tan animosa como nunca. Los zapadores comenzaron a trabajar cortando por entre las casas a uno y otro lado de la calle que desemboca en la esquina que está a mano derecha de la plaza mayor, viniendo de San Sebastián. Los boquetes abiertos en las casas de adobes durante el ataque del 12 de octubre sirvieron también.

Con todo, la obra de los zapadores era lenta, y mientras éstos iban avanzando al frente de la fuerza, protegidos por una compañía de rifles, hubo que defender varias veces la plazuela contra los ataques de los Aliados; pero el enemigo, después de varios rechazos en que tuvo bajas, pareció convencerse de que estaba gastando inútilmente sus fuerzas en estos asaltos contra la retaguardia de los americanos. Además, se había avanzado tanto hacia la plaza mayor que resultaba inconveniente mantener comunicaciones con San Sebastián, y Walker lanzó todas sus fuerzas disponibles contra el enemigo; para proteger su retaguardia fue quemando las casas que dejaba atrás. Avanzando en esta forma durante los días 16 y 17, los americanos llegaron en la tarde del último a veinticinco o treinta yardas de las casas ocupadas por el enemigo en la plaza.

El general Henningsen había establecido una batería de morteros en una choza situada cerca del enemigo; algunas granadas que disparó resultaron muy eficaces; pero las espoletas eran demasiado cortas, como se había notado ya, y las granadas de que disponían los nicaragüenses eran tan pocas que no se justificaba ningún despilfarro a este respecto. Esta fue en reali-

dad la razón principal de los pocos resultados que se obtuvieron con los morteros y obuses (cuando se empleaban granadas en los últimos) durante toda la campaña. Además de las espoletas defectuosas y de la corta cantidad de granadas, los efectos de tres días de trabajo y de lucha se hacían sentir en el cansancio de la tropa y la casi total imposibilidad de obtener que se hiciesen las guardias como se debe. No obstante que los Aliados estaban claramente desalentados por el avance de los americanos, habría sido necesario algún tiempo más para sacarlos de la ciudad, y Walker, inquieto como estaba respecto del Tránsito, resolvió retirarse a Granada, paso previo al abandono del departamento Oriental.

Por consiguiente, cerca de la medianoche del 17 y después de un descanso de pocas horas que se tomó en la primera noche, los americanos abandonaron silenciosamente las casas que ocupaban, saliendo para Granada en formación de marcha. En la obscuridad la fuerza estuvo durante un rato dividida, pero pronto se juntó, prosiguiendo su camino en dirección del lago. Durante los tres días hubo cerca de cien bajas —una tercera parte de la fuerza total que atacó a Masaya— y la larga fila de heridos montados a caballo retardaba forzosamente la marcha hacia Granada. Pero no obstante el agotamiento de la tropa se marchó con regularidad y cohesión. El general Henningsen, con un obús, mantuvo la retaguardia bien cubierta y a salvo de toda molestia que el enemigo hubiese tratado de causarle; pero los Aliados no molestaron a los americanos que iban en retirada; estaban probablemente bastante contentos de verse libres de tan importunos vecinos. Por la mañana del 18, Walker entró de nuevo en Granada y poco después comunicó a Henningsen su resolución de abandonar esta plaza.